

Rivera Garza, Cristina. *Autobiografía del algodón*. México: Literatura Random House, 2020.

*Xiomara Feliberty Casiano, Ph. D.
Harvard University*

«A veces un libro es una forma de regreso:
una familiarización y una reparación.
La plática que se retoma luego de cien años de sigilo.
Algo está a punto de romper el horizonte».

Rivera-Garza, *Autobiografía del algodón* (202)

La más reciente publicación de la escritora mexicana, Cristina Rivera Garza, *Autobiografía del algodón*, es un texto enraizado en la doble exploración del pasado y de la tierra, y en su intersección como espacio para comprender los presentes fronterizos. El libro se compone de siete partes que (re)crean el lugar como una «ruina circular» que es paisaje político y personaje que transmuta a lo largo del texto. La autora, a quien no le interesan las definiciones puras, describe el libro como un esfuerzo por materializar la historia familiar y colectiva a través del regreso a la tierra de los abuelos y como una «evocación requerida» para comprenderse a sí misma a través de las trayectorias familiares y sus encuentros con momentos específicos de las historias fronterizas mexicanas.

El texto parte de preguntas como: ¿a quién le pertenece o cómo se construye o reconstruye la memoria?, ¿qué otros cuerpos se han desplazado por los espacios ya recorridos? y ¿cómo definimos los cuerpos desplazados en los territorios ya habitados? Para responder a estas preguntas, la autora propone una relectura del pasado mediante la revisitación de los espacios y la exploración de los «cuerpos» humanos y no humanos que materializan los reencuentros.

Un texto clave para la reconstrucción de la materialidad del pasado, en *Autobiografía del algodón*, es *El luto humano*, publicado en 1943, por José Revueltas. Rivera Garza busca reescribir las huellas de Revueltas específicamente a partir de una huelga de trabajadores en la estación Camarón, un espacio fronterizo entre México y Estados Unidos. La autora destaca

cómo Revueltas llega a la región para cubrir y documentar los hechos con una perspectiva socialista en pro de los trabajadores de la huelga. Revueltas recreó la experiencia de la lucha de trabajadores que no tenían acceso a la escritura y, por ende, carecían de acceso a la perdurabilidad de la memoria a través de la palabra escrita. En otras palabras, *Autobiografía del algodón* comienza con la reconstrucción de la memoria a través de un texto canónico de la literatura mexicana, basada en testimonios como los descritos en aquella «primavera tumultuosa en el norte más norte de México», para el año 1934, o sea, una década antes de la publicación de *El luto humano*.

La autora se basa en una pluralidad de materiales encontrados y puestos a dialogar en el texto como una forma de retorno continuo. Por ejemplo, en el texto habitan los cuerpos encarnados por los telegramas, los mapas no estáticos de la región y las caminatas o recorridos, tanto en el tiempo de Revueltas como en el tiempo de la voz autoral. El presente textual llega como un grupo pequeño de mujeres que buscan la historia documentada en archivos, o lo que la autora denomina como la materialidad de la memoria en documentos. Curiosamente, a decir de Rivera Garza, son las mujeres a quienes es más difícil seguirles el paso. El reto resultó en la recreación del territorio femenino con una materialidad inédita.

En ese recorrido, la voz narrativa se reencuentra con una abuela que «dicen» escribía sobre su cotidianidad en un pequeño diario. El diario es una de las entradas a la ficción en el texto que transgrede, muy a propósito, las fronteras de los géneros. El regreso a ese texto imaginado es también el anhelo de plasmar por escrito las huellas femeninas y sus territorios recorridos. La abuela, desde su nombre, es una piedra firme que se destaca en la geografía textual. Petra Peña es una doble afirmación; se representa como una sustancia mineral que delimita al terreno y que fortalece los vínculos familiares entre los vivos y los muertos, en otras palabras, es un punto de encuentro y cauce entre tiempos y espacios.

En el libro, cada parada o lugar tiene su personalidad; se representa una personificación metafórica del terreno y una cartografía guiada por los sentidos y la memoria del espacio desdibujado: «Viajar como una forma de reclamo fundamental» (29), se afirma mientras se aclara en una voz colectiva, que nos incluye como lectores, «vamos hacia el pasado y hacia el presente a la vez» (31). Como en las ruinas circulares borgianas, el lector se reencuentra con «un obelisco con las manos en alto agitando el aire hacia

todos los puntos de la alarma del tiempo» (32). Sin embargo, el texto de Rivera Garza no busca la (re)creación de una deidad infinita y consciente de ser creación. *Autobiografía del algodón* busca la (re)creación del lugar y no de las deidades que lo habitarán.

En la búsqueda de los orígenes o espacios en común, el libro nos revela que «pertener es re-habitar» e «identificar las huellas que nos acogén» es a su vez «la raíz plural de nuestros pasos» (90-91). Esa búsqueda al origen es también revelación: nunca se regresa sin compañía. Como la comunidad mencionada en el texto, una de las metáforas matrices, los guachichiles se negaban a enterrar a sus muertos: «En lugar de cementerios o tumbas, llevaban algo de las cenizas de sus muertos en finas bolsas de gamuza que se amarraban a la cintura. Con ellos pegados a sus cuerpos, sus muertos seguían en movimiento. Desplazándose. Difuminándose» (108). La imagen de la comunidad que camina con sus muertos pegados al cuerpo es una genialidad desplazándose del texto al centro de nuestros cuerpos. La (re)vuelta es un regreso circular pero nunca en soledad. *Autobiografía del algodón* nos confirma nuestras sospechas, nuestros muertos nos acompañan aferrados a la cintura y con ellos nos desplazamos como entes sin tierra firme, que buscan y reescriben, y, como nos afirma el texto, «Re-escribir, que es resucitar» (291).

En la reescritura de los espacios rehabilitados, en el corpus textual, las voces pisan un terreno que el presente ha marcado por los trazos de la violencia. El texto no cae, como bien dice la autora, en estereotipos simplistas sobre la crisis en la región pero sí plantea preguntas urgentes que requieren la «(re)vuelta», ese «regresar» al espacio violentado desde la producción de algodón que provocó el ensalitramiento y la erosión hasta convertirse en terreno infértil habitado por «dueños de tierras muertas» (285). Es tal vez en esta catarsis de la tierra que la autora ve el origen de la movilidad y el deterioro social en una región pisada por la violencia que se ha incrementado por el narcocapitalismo y los feminicidios de las últimas décadas.

Este último aspecto convierte al texto en uno íntimo con revelaciones personales. En el regreso, la voz autoral no solo reflexiona sobre la pérdida o desdibujamiento de la geografía también se abre a la pérdida de la hermana, víctima de un feminicidio. La voz se detiene y sostiene que «el presente es una ruina», una «doble negación de la ruina» (75): «Ruina. Ruina. Nación. Ruin. Ná» (76). «Mi hermana murió asesinada un

16 de julio de 1990. Para mí la guerra inició ese día» (100). La ruina ya no es solo el terreno que fuerza al movimiento colectivo y las migraciones al norte. Lo ruin es también un terreno presente que cubre los cuerpos femeninos enterrados a destiempo.

El libro tiene, sin dudas, revelaciones íntimas pero no nos deja de enseñar el artificio en la escritura o cómo se construye un texto a partir del regreso y la pluralidad de materialidades, o sea la escritura a partir de las (re)vueltas que son método y práctica de relectura y creación. El algodón y su territorio se reescriben como esas (re)vueltas y nos apelan como una invitación a rehabitar los espacios o como dice la novela a «a identificar las huellas que nos acogen». La revuelta es un método del regreso, de búsqueda de pertenencia e identificación de ese origen compartido, ya que «no hay lugar vacío» (90).

OBRAS CITADAS

Revueltas, José. *El luto humano*. Editorial México, 1943.